

Ni un caramelo más

José Luis López López
 Doctorado en Filosofía Contemporánea
 jose.lopezlo@alumno.buap.mx

La última vez que comí un sevillano fue en el 2019, poco antes de la primavera. Era un dulce de cajeta. Su envoltorio era color rojo, parecido al papel celofán. Por mucho tiempo fue mi dulce favorito. Un dato que compartí con todo el mundo, al menos hasta mi cumpleaños 23. Siempre me pareció un lindo detalle cuando alguien me reglaba ese caramelo y Andrea, durante cuatro años, lo hizo una vez al mes. Sin falta, los 27 recibía mi sevillano, siempre con una nota que anunciaba la conmemoración de la fecha.

Recordaba el caramelo con una textura más suave; pero, esta mañana lo sentí demasiado áspero. Su sabor no era el mismo. La cajeta sabía un poco agría. Incluso, pensé que ya había vencido su fecha de caducidad. La revisé, todo se encontraba en orden. Igual era yo quien no estaba dispuesto a comer ese dulce. Al final, nunca me ha gustado vestir de traje, sentía mucho calor y no dejaba de pensar en la primera vez que compartí ese caramelo con ella.

Solo habían pasado dos semanas de conocernos cuando le conté a Andrea mi fascinación por ese dulce. Nos dirigíamos al parque, a la distancia vimos un Oxxo, entramos a comprar un poco de agua y no pude resistir tomar el caramelo. Ya en los columpios, Ella

me preguntó a qué sabía. Yo, exaltado por la pregunta, comencé a decirle que era el mejor dulce creado en la historia. Comenté: “¿cómo es posible que no lo hayas probado!”. Así, después de lanzarme una mirada absurda, me respondió: “Ni siquiera sabía que existían”. Al escuchar esas palabras, de inmediato le acerqué el dulce sosteniéndolo cuidadosamente con su envoltura roja. Con este gesto, no dudo ni un segundo en probarlo. Para mí, lo más importante en ese momento, fue ver su reacción. Tras saborearlo por unos segundos, sus labios, con una delicadeza pausada, formaron una sonrisa. “¡Está delicioso!” mencionó sin quitar la vista del caramelo.

Aquella tarde me sentí victorioso, pude compartir con ella mi dulce favorito. A partir de ese momento, el sevillano se convirtió en una chuchería compartida. Todos los días 27 del mes, comíamos sin falta el caramelo. Algunas veces, lo hacíamos en los días restantes; pero, como gesto de solidaridad, prefería esperarme al 27 pues ella no podía comer dulces de manera recurrente. Esa fue nuestra rutina del 2015 al 2019. Nunca imaginé que un pequeño objeto cubierto de celofán rojo se volvería un emblema de nuestra relación.

El 27 de febrero de 2019 comí por última vez ese caramelo. Semanas después, mi conexión con Andrea se desgastó hasta un punto sin retorno. Cada uno continuó con su camino. Durante los siguientes cuatro años no volví a probar un sevillano. Tenerlo en mis manos, era como tener la representación de algo inexistente. No obstante, hace algunos meses, me vi tentado a volverme a comprar uno.

Fue mi cumpleaños 27 y pensé en la posibilidad de retomar mi fascinación por dicho caramelo. Al final, ya habían sucedido una infinidad de acontecimiento que marcaban

una distancia considerable entre el Luis de 23 años, con la persona parada en ese Oxxo a punto de pagar las cervezas para celebrar su apertura a los 27. Así, en un parpadeo, también tomé el dulce y pagué todo en la caja; sin embargo, con las prisas de llegar a la fiesta lo olvidé en el mostrador.

Días después pensé que se trataba de una de señal del universo, me causo un poco de risa y durante algunos meses no volví a pensar en el dulce hasta esta mañana. Siempre me duermo bien tarde y la noche anterior no fue la excepción, estuve leyendo hasta las 2:00 o 3:00 de la mañana. Luego me fui a acostar, pero, como siempre, tardé un rato en dormirme. Tras voltearme una y otra vez sobre la cama, mis párpados se cerraron y el sueño se apoderó de mi cuerpo.

Recibí una llamada de pronto. Con los ojos entreabiertos me sorprendió la hora ¿Quién me hablaría a las 5:23? No obstante, decidí contestar. Tras escuchar las palabras al otro lado de la llamada, no pude volver a dormir. Colgué el celular, esperé acostado algunas horas, después me di una ducha, preparé mis cosas y me dirigí hacia su casa. En el trayecto pasé frente a un Oxxo, me detuve, entré y compré dos sevillanos. Uno lo guardé en mi saco, mientras el otro me lo comí. Su sabor no era el mismo.

Una vez en su casa esperamos un rato, me reencontré con algunas personas del pasado, algunos conocidos en común. Cuando llegó, la acomodaron. Pasaron algunos minutos antes de que reuniera el valor de acercarme. Las piernas me temblaban. Sin embargo, intentando disimular el miedo, comencé a dirigirme hacia ella. Cuando la volví a ver, a través de ese cristal, mis lágrimas fueron involuntarias. Solo pude hacer una cosa: saqué el caramelo de mi saco y lo puse sobre la caja. ●